

Los firmantes de esta carta pertenecemos a diferentes partidos políticos, o no figuramos en ninguno; pero coincidimos en mantener viva nuestra fe en los ideales británicos de la libertad política y de la democracia; y, en consonancia, deseamos expresar públicamente tanto nuestra simpatía con el Gobierno español y con el pueblo español, como nuestra esperanza de que el Gobierno inglés aprovechará toda oportunidad legítima para dar muestras a aquel Gobierno de la tradicional política inglesa de comprensiva benevolencia.

H. G. Welles, Norman Angell, Gilbert Murray, J. B. S. Haldane, Carr Saunders, Lascelles Abercrombie, Deslile Burns, Hastings, W. H. Carter, J. S. Huxley, David Low, Lord Rhondda, R. H. Tawney, Ernest Barker, G. D. H. Cole, F. M. Cornford, P. M. S. Blackett, C. Day Lewis, G. P. Gooch, R. H. Hodgkin, Hewlett Johnson, F. L. Lucas, Geoffrey Mander, G. E. Moore, Henry W. Nevinson, Shena D. Simon, R. Vaughan Leonard Wolff, Virginia Woolf.

Carta de Romain Rolland al Presidente Azaña

Romain Rolland, Presidente de honor del Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo, ha dirigido la siguiente carta al Presidente de la República española, fechada el 7 de agosto de 1936:

“Señor Presidente y querido compañero de lucha—pues vuestra lucha es la nuestra—: Dirijo mis saludos y mis deseos fervientes hacia vuestro pueblo heroico, que defiende su libertad contra la vil agresión del fascismo militar y de la reacción. Son los deseos de todos los hombres honrados de Francia, que han formado el Frente Popular por la defensa de la paz y del progreso social. Son los deseos del Comité de lucha internacional contra el fascismo y contra la guerra, cuyo presidente de honor soy. Si no dependiese más que de nosotros, Francia ayudaría más eficazmente a las masas populares españolas en su combate contra sus enemigos, que son los nuestros. ¡Derribad al fascismo criminal! Vamos a intentar por nuestra parte derribarle también. Vuestro ejemplo será para nosotros una gran enseñanza. Vuestros sacrificios no serán perdidos para la Humanidad. ¡Gloria a todos aquellos que han caído por la causa del pueblo español, causa que es de todos los pueblos! ¡Gloria a todos aquellos que contribuyen a su victoria!

Saludos fraternales.—**Romain Rolland.**”

La actitud de Francia y de Rusia juzgada en Nueva York

Don Miguel de Unamuno ha dado el traspies del siglo al pronunciarse en favor de los trastornadores del orden público en su tierra. Los que desde nuestros años mozos hemos seguido las enseñanzas del gran salmantino, tenemos que decirle ahora: “Amicus Plato, sed magis...” Ha sido toda una tragedia que don Miguel no se haya muerto antes de cometer semejante herejía. Su influencia espiritual en todo nuestro mundo queda reducida automáticamente a menos de cero. Un periodista yanqui ha expresado la opinión de que don Miguel, aristócrata a ultranza, odia a muerte a los obreros, porque son plebe; y que en todos sus escritos de últimas fechas se advierte una animadversión marcada contra las clases proletarias.

La Unión Soviética y la Francia del Frente Popular han resultado ser tan eficaces como un par de cafeteras moscovitas frente a la situación creada por la sublevación de los militares españoles. Rusia, que ha venido haciendo de apostolesa y madrina de los movimientos radicales en todo el mundo, se ha movido con pies de plomo. Alemania, Italia y Portugal sustentan y auxilian abierta y descaradamente a los fascistas. En cambio, Rusia, que es tan eficiente en el terreno de la propaganda ideológica y tan experta en el ramo de dar órdenes a los comunistas criollos de los demás países, se limita a permitir que las uniones obreras envíen unos cuantos centavos, y unas vituallas de boca al gobierno de Madrid.

La tragedia española ha servido para recalcar la desintegración de los principios fundamentales que hasta aquí se habían tenido por incontrastables. Por ejemplo, el principio de la legitimidad. Las potencias europeas interesadas en el problema no consideran en lo más mínimo la legitimidad del gobierno del Presidente Azaña, que es un gobierno nacido de la expresión amplia y bien comprobada de la voluntad del pueblo, que llevó al poder al Frente Popular por mayoría rigurosa de votos, emitidos en una elección limpia y espontánea. Las naciones que no se han puesto del lado de los rebeldes han hecho cosa casi peor: la de establecer el principio de neutralidad, cuando las prácticas establecidas del Derecho internacional debieran inclinarse a facilitar la acción del gobierno en la supresión del cuartelazo. La neutralidad ha servido para debilitar al gobierno legítimo, que así se ve impedido de obtener pertrechos de guerra, mientras los revoltosos los reciben a la luz del día por Portugal. Sólo el gobierno de México se ha portado con ecuanimidad, extendiendo al de Madrid ayuda legítima y honesta, como se la merece una entidad constitucional en caso de emergencia.

(“La Nueva Democracia”, Nueva York, Octubre de 1936)